

y arrojado en los calabozos de la Acordada, en unión de Quijano, de Berriozábal, de Poucel, de Chavarría, de García Torres y de otros exaltados patriotas. Aquellos eran los tiempos de la verdadera tiranía: se encarcelaba por sospechas ó porque no se pensaba con el mismo criterio que en las regiones oficiales; no se decía á los encarcelados los motivos de su prisión; no se les sometía á Juez alguno, y en esta situación se llegaba hasta á dejarlos olvidados en las mazmorras. La Acordada era, pues, lo que la Bastilla en Francia, lo que en los países regidos por gobiernos despóticos, han sido, en todo tiempo, las odiosas prisiones de Estado. Ocho meses permaneció en esa situación Romero sin exhalar una queja, pero sin descansar, tampoco, y recurriendo á todos los artificios que podía suministrarle su ingenio, para mantener correspondencia con aquellos de sus correligionarios que aún mantenían vivo el fuego del entusiasmo patriótico y con algunos jefes de la plaza; lo que dió como resultado la libertad de todos los liberales presos, en virtud de la conspiración que se llamó de Navidad, á la que mucho contribuyó nuestro biografiado, comprendiendo, que aunque no afectara, como afectó, carácter liberal, sí debilitaba al Gobierno reaccionario dividiendo sus elementos, evidenciando ante el país que los hombres que se habían adueñado de la situación luchaban sólo por los intereses personales. Los pocos elementos de que Romero podía

disponer no habrían bastado por sí solos, para intentar con éxito un movimiento, pero sí eran bastantes importantes, para no ser despreciados, y por tanto, se solicitó su concurso: autorizólo él, á quien reputaban como su natural jefe, por conducto de D. Agustín del Río; decidióse la intentona, á cuyo frente, como es sobido, se puso el general D. Manuel Robles Pezuela, y, ya libre Romero, sus primeros pasos fueron dados para libertar, como personalmente lo hizo, á sus compañeros de cautiverio. Buscó, en seguida, la manera de hacer servir á la idea liberal el pronunciamiento, y no pudiendo conseguirlo, vióse obligado á abandonar la capital.

En esta época, comienza á desarrollarse una de las fases más importantes y más romancescas de la vida de nuestro héroe. A semejanza de los convencionales franceses se, que abandonaban las tareas legislativas para ir á los ejércitos y difundir en ellos el calor de las ideas, y ya allí, peleaban como los soldados más aguerridos y triunfaban como los generales más expertos; Romero Rubio, convencido de que la época del apostolado tranquilo y del martirio resignado había pasado ya, empuña la espada y se convierte en el tipo del soldado ciudadano. Ya hemos dicho que fracasado el plan de Navidad, abandonó á México: desde luego fué á buscar un puesto en las filas de los soldados que acaudillaba D. Santos Degollado, y que trataba de apoderarse de México, entánto que Miramón re-

corría el Interior batiendo, con vária fortuna las huestes liberales.

Decidido en Tacubaya un asalto á la capital, por el Poniente, se nombró á Romero para formar parte del Estado Mayor del general en jefe; con cuya investidura, desempeñó comisiones de importancia, algunas bajo los fuegos del enemigo, como sucedió en Chapultepec, donde una bala mató el caballo que montaba. La combinación militar consistía en que el General Arteaga atacase la Tlaxpana, por el punto de la Verónica; el General Zaragoza, avanzase hácia el mismo punto, por la espalda de la Escuela de Agricultura, y el General en jefe, Degollado, que traía como cuartel maestro al General D. José Justo Alvarez, atacase por el centro, en la línea marcada por la Hacienda de la Concepción. El General Zaragoza no pudo verificar su movimiento, y, al notar su ausencia, Degollado, ordenó á Romero fuese hasta donde lo encontrase, llevándole nuevas órdenes, comisión peligrosa que desempeñó satisfactoriamente, permaneciendo con el futuro vencedor de Puebla, más de cuatro horas, sobre la calzada, hasta que, perdida toda esperanza de poder realizar el plan concebido, hubieron de retirarse á Tacubaya, donde, poco tiempo después, debía tener lugar la tremenda represalia de 11 del Abril.

Derrotado aquel pequeño ejército, los hombres de más confianza recibieron instrucciones de Degollado para levantar fuerzas y

organizar las que andaban esparcidas por los varios puntos de la República; y á Romero le dieron el mando de las fuerzas de las Huastecas, otorgándole facultades omnímodas para desempeñar su cometido, no sólo en la parte estrictamente militar, sino en la civil y política. Inmediatamente marchó al cumplimiento de sus nuevos deberes y al llegar á San Luis, encontró que reinaba la más profunda división—que podría haber producido la anarquía—entre el general Zuazúa, que ejercía el mando militar, y D. Eulalio Degollado, que desempeñaba el político. Usando de toda su influencia y poniendo de relieve ante los dos los males que la falta de armonía entre ellos podría causar, no solo al principio liberal, sino á la República, que en su triunfo fiaba su porvenir, logró conciliarlos, y pudo emprender, con el ánimo ya tranquilo, su viaje á Tamaulipas. A su paso se encontró con el general Zaragoza, que no desempeñaba mando alguno, y conociendo las altas dotes que le adornaban, le dió una carta amplísima para el Ministro ~~de~~ ~~la~~ ~~Guerra~~, que le valió el nombramiento con que marchó al Bajío y que le hizo jefe del ejército con que triunfó en Jalisco y que fué la verdadera base del glorioso renombre, que, antes del 5 de Mayo de 1862, tenía ya conquistado.

Otro nombramiento indicado por él y que fue de grande importancia, fue el de D. José López Uruga, para cuartel maestro de la División de Occidente, porque, cualesquiera

que hayan sido las faltas de éste notable hombre público, nadie, sin agraviar á la justicia, podrá negarle profunda ciencia militar, gé- nio guerrero, y, al menos en aquel tiempo, decisión por la causa constitucional.

En Tamaulipas estaba D. Juan J. de la Garza, un hombre cuyos numerosos servicios á la Reforma aún no han sido suficientemente apreciados; un hombre en quien se hermanaban las profundidades del filósofo con las delicadezas del hombre de mundo, y los arranques de la fé más exaltada con la apreciación exacta de las circunstancias, y las dulzuras del hombre de bien puesto corazón con las fierezas del indomable guerrero. Hay hombres en quienes la naturaleza pone mayor cantidad de vida que en los demás, y esa vida se desborda de ellos en obras de grandeza. A este género pertenece D. Juan J. de la Garza, y este fue el hombre con quien Romero hubo de reunirse en Tamaulipas. Garza le apreció en todo lo que valía, y, creyéndole digno compañero suyo, le hizo segundo en jefe de la división que mandaba, y depositó en él todas sus confianzas. De Tamaulipas se remitieron armas y recursos á los jefes que estaban en la zona de su mando, entre ellos á D. Manuel F. Soto, á D. Rafael Cravioto y al general Cuellar que, con un puñado de valientes, había realizado ya, por aquellos días, hechos tan notables como acercarse á las goteras de la capital, estando

en ella Miramón, y tenerle en alarma, sin que se atreviera á salir á atacarle.

Bien organizada la división de Garza, marchó de Tamaulipas para el centro de la República, á fin de intentar, en combinación con los jefes que por allí luchaban, el ataque á alguna de las plazas de importancia. Garza combatió en la Corcovada, en Peotillos, donde fué herido—herida que ocultó dos días á sus soldados, temiendo debilitar su ánimo, y de que sólo dió conocimiento á Romero—y en otros varios puntos, dejando á aquel el mando al ser vencido por la gravedad de la herida. Combinó Romero con González Ortega los ataques á Zacatecas y San Luis, y de este último punto fué comisionado para ir á Veracruz á tratar con el Sr. Juárez de la expedición de las leyes de Reforma, pues los caudillos comprendían que la obra política que se había iniciado con el Código de 1857, estaba incompleta sin esas leyes, y que el país no se entregaría del todo en los brazos de la Revolución, sino cuando sus promesas hubiesen tomado la forma definitiva de leyes. De este pensamiento participaban el ilustre gobernador de Veracruz Gutiérrez Zamora y los miembros más importantes del Gabinete del Sr. Juárez; pero este grande hombre, bien penetrado de la grave responsabilidad histórica que pesaba sobre él, no se decidía á expedirlas, temiendo que aún no fuera aquel el momento á propósito. La oportuna llegada de Romero con-

tribuyó poderosamente á desenlazar esa situación si no es que la decidió. Llevaba los ecos de la opinión, recogidos en su largo viaje; llevaba la voz de jefes caracterizados que tenían bien probada su lealtad y su decisión por la nueva causa, y llevaba su fé, robusta como de joven, la fé que, en otras épocas, movía las montañas y que hoy forja nacionalidades gloriosas como la italiana que ha nacido al calor de la fé de Mazzini, de Cavour, de Garibaldi, ó resucita á los muertos como ha resucitado la nacionalidad griega que parecía sepultada en la tumba de los vencedores de Salamina y de Platea. Lerdo, Ocampo, Gutiérrez Zamora, todos los hombres de importancia del partido liberal que había en Veracruz visitaron y colmaron de distinciones á Romero Rubio, quien confirió con el Sr. Juárez, á quien no veía desde la noche que precedió al golpe de Estado; le presentó sus credenciales, le suministró datos importantes de la situación en el interior del país, y logró demostrarle que el espíritu público estaba ya dispuesto y ansioso recibir las nuevas leyes.

Promulgadas éstas, volvió al Estado de Tamaulipas y al territorio que, hoy, forma el de Hidalgo y organizó, en unión de D. Manuel Fernando Soto, las fuerzas que se extendían desde la Huasteca hasta Pachuca. Estando en este último punto, llegó á él la división de Oriente que mandaba el general Ampudia y de la cual formaba parte la bri-

gada de Oaxaca, á las órdenes del general Salinas, uno de cuyos cuerpos mandaba el general Porfirio Díaz, coronel entónces. Romero y Díaz, entre quienes la juventud y el entusiasmo determinaron, desde luego, viva simpatía, iniciaron allí su amistad que, como se ve, tuvo por origen la lucha por la patria y que, estrechada tan íntimamente como hoy lo está, ha servido, también, á los intereses de la patria, á la espinosa obra de la consolidación del orden y de la paz.

De Pachuca, y en busca del general Miramón, que había salido de México y que creyese se dirigía hácia esa ciudad, salió Romero Rubio mandando una brigada, y con ella asistió á la batalla de Calpulalpam, donde conoció personalmente al general González Ortega, con quién había mantenido correspondencia epistolar y sostenido activas relaciones, con motivo de la guerra. Después del triunfo, Ortega, para quien, por estos motivos, y por las honrosas referencias de sus amigos, era bien notoria la personalidad de Romero Rubio, le llenó de consideraciones y le llevó á su lado hasta México, encargándole, desde luego, que organizase la aduana y el Gobierno del Distrito, en unión de su secretario D. Manuel Z. Gómez, comisiones que, es ocioso decirlo, desempeñó satisfactoriamente.

Todos estos hechos, que, apenas, hemos podido apuntar, habían rodeado á Romero de una atmósfera de prestigio que le colocaba

muy por encima de los aspirantes vulgares y hacia que fuera querido no sólo de sus correligionarios sino lo que aún vale más: que fuera respetado y considerado de todos los que pensaban de manera distinta que él y que en él veían, sobre todo en aquellos momentos de pavor que producía el triunfo de una revolución que se suponía preñada de ódios, no sólo un elemento poderoso de orden, es decir, una garantía seria para la sociedad, sino un hombre de corazón y de inteligencia, capaz de apreciar los hechos de los demás y de marcar la línea que separa la justicia de la venganza.

Los empleos más pingües fueron ofrecidos á Romero, y él los rehusó, como en los primeros años de su carrera los había rehusado, aceptando, sólo, los de elección popular, invariable en su principio de conservarse sin trabas y sin compromisos que, más tarde, pudieran encadenar el libre ejercicio de su voluntad y de su conciencia, y volviendo nuevamente al ejercicio de su profesión con el mismo éxito que había alcanzado en anteriores épocas.

Después de la toma de Puebla por los franceses y decidida la defensa de la capital, fue nombrado el general Garza para organizarla en lo militar, y Romero Rubio en lo que pudiéramos llamar parte civil, con cuyo motivo allegó recursos é hizo provisiones, todo lo quedó esterilizado al decidirse el Presidente Juárez á abandonar la ciudad. Si-

guióle Romero en calidad de Jefe del Estado Mayor y secretario de Garza, y en Querétaro se unió al general Diaz volviendo después á México, con el objeto de arreglar algunos asuntos particulares para poder continuar la peregrinación. Los franceses le persiguieron, le arrojaron á una cárcel y sufrió en ella las mismas penas, por la independencia de la patria, que ya había sufrido por la Libertad y por la Reforma, hasta que, al fin, excarcelado primero, bajo de fianza, fué desterrado del país. Después viajó por Europa con su familia, y decidido á seguir luchando por la independencia de la patria, volvió al país presentándose frente á Tarpico, precisamente en los momentos en que había estallado entre los Jefes de la plaza tal desacuerdo, que amenazaba convertirse en combate armado. Romero, estando cruzada la barra, y sin desconocer el peligro que corría, tomando parte en aquella contienda, pero viendo que, si no se terminaba felizmente, podía perderse aquella plaza importantísima para la República, desembarca, habla con los jefes, encuentra un medio de arreglo y devuelve así la paz á la población y la seguridad al comercio, consiguiendo más: reunir cincuenta mil pesos que envía á Juárez. Así, marca sus nuevos primeros pasos en la República: con esa huella luminosa . . .

Triunfante la nacionalidad mexicana por la fuerza de las ideas, después de haber luchado sola, abandonada del mundo, sin auxi-

liares, cañoneada por todas partes, asediada por un aguerrido ejército de cincuenta mil hombres, exhausta, exangüe, reducida á un pequeño rincón el último de la República, Romero Rubio volvió á ser diputado, pero un diputado en cu o torno se congregaban todos los que, convencidos de que la lucha con el extranjero, por una parte, y la lucha con el retroceso, por otra, habían terminado y siendo claramente que en el combate del porvenir habia de tocar el triunfo definitivo á aquel de los elementos liberales que presentase el mejor método para gobernar, buscaban su consejo y el prestigio que su nombre sin mancha debía dar á cualquiera agrupación que le contara en su seno. Así, eran sus amigos, en aquellos años que siguieron al de 1867 lo mismo D. Justo Benítez, y D. Manuel Ma de Zamacona, que D. Ramón G. Guzmán y D. Rafael Martínez de la Torre, y en su Despacho podía halláserles, á manera de elementos de un mismo todo, que como han de haberse encontrado las partículas homogéneas el día anterior al del mundo, buscaba constituirse en una sola unidad. Ese trabajo orgánico, llamémoslo así, se reveló claramente en los tiempos de la liga Lerdo-Porfirista, pues bien sabido es, que todos los acuerdos de importancia que iban á tener su desarrollo en la Cámara de Diputados, eran, ántes, discutidos y dictados en la casa de D. Manuel Romero Rubio, y es que este ilustre estadista comprendió, desde bien temprano,

que en política nada puede hacer solo un individuo, nada puede hacer abandonado; que necesita de la legión de los que creen como él cree y de los que piensan como él piensa, y ha tenido, en los treinta y tantos años que lleva de vida pública, el tacto de atraer hácia sí, donde quiera que se ha encontrado, á los hombres pensadores y de asimilarse á sus ideas y de assimilarlos á las suyas. Si hubiera sido un filósofo, habría formado una escuela; es un político, y ha formado un partido. La política es, también, filosofía, no especulativa, sino eminentemente práctica.

Firmísimo partidario del Sr. D. Sebastián Lerdo de Tejada y jefe de su partido, no fué llamado, sin embargo, al poder, sino hasta el 31 de Agosto de 1876, aceptando, así él como sus amigos, seguros del desastre, la situación desesperada de aquellos momentos; situación que había ido siendo paulatinamente minada por algunas de las personas cuyo supremo deber era sostenerla; seguros del desastre, decimos, pero queriendo aún dar á su amigo una prueba más de su lealtad é intentar algunos supremos recursos. Así Romero aconsejó en junta de Ministros, algunas medidas que no fueron aceptadas, y que, acaso hubieran desarmado á la revolución y traído sin dificultades y por un camino completamente constitucional, la éra de paz y de progreso en que vivimos, y que era el desideratum de la República. Romero pudo haberse separado del Sr. Lerdo en aquellos momentos;

pero eran los del peligro, y prefirió arrostrarlo, como lo arrostró, acompañando al ilustre estadista al extranjero, después de haber expuesto su vida para proporcionar á la expedición recursos y medidas de transporte hasta San Francisco.

Al volver al país en 1879, los hombres que desempeñaban el poder, antiguos amigos suyos, le rodearon de consideraciones y le brindaron con los honores y los empleos más atractivos, pero él permaneció alejado del movimiento político, hasta que espiró el período de cuatro años inaugurado en 1876. Trajéronle sus amigos al Senado; pero está tan cercana á nosotros esa época, que resistimos á seguir enumerando los actos públicos del Sr. Romero. Si diremos una cosa en su loor: que desde el eminente puesto que ocupa y en el cual ha realizado la ansiada alianza del elemento militar y el elemento civil, uno de los asuntos que más le interesan, una de las cuestiones cuyo vuelo sigue con más ahínco, es la social. Pocos hombres ha de haber que hayan concebido tan claramente como él, el plan de una política nacional en la que el principio de autoridad, tan relajado aquí, sea fuerte sin lastimar en lo más mínimo los derechos de los ciudadanos, en que la unidad nacional vaya siendo más y más robusta cada día, sin menguar los derechos que cada Estado tiene á la independencia en su vida interior.

Ligado, como se halla, por los lazos del más

íntimo parentesco con el ilustre ciudadano que hoy rige los destinos del país, se puede asegurar que hasta la legítima influencia que esa posición le dá, la ha puesto al servicio de sus ideas: de tal manera, que á ellas se ha dado en sacrificio todo entero: á ellas ha dado la esencia de su alma y la sangre de su corazón.

Como la actividad de Romero Rubio no se ha limitado á la política, ha merecido que todas las sociedades literarias del país y no pocas científicas, le llamen á su seno; que la "Unión Ibero-Americana," que le debe su engrandecimiento, le cuente entre sus socios predilectos; que la muy ilustre Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid le haya nombrado, de los primeros, su socio corresponsal, y que varios gobiernos europeos hasta los cuales ha llegado la noticia de sus relevantes méritos, le hayan condecorado con sus condecoraciones más preciadas, siendo uno de ellos el de España, que le mandó la Gran Cruz de Isabel la Católica, por cuya dama el Sr. Romero Rubio siente una admiración parece culto.

Hé aquí el perfil, no más que el perfil del Sr. Romero Rubio en la vida pública: fuera de ella, su vida toda gira en torno de un astro de cariño: en el hogar doméstico, un amor que raya en culto; en la vida social, una amistad que raya en sacrificio. Sus aficiones artísticas se revelan hasta en los detalles más insignificantes de su casa, como su admira-

ción hácia todos los hombres que han salido de nivel vulgar: su estudio y su gabinete de trabajo son un museo en bronce, al cual hay que entrar con la cabeza descubierta siempre, como á un templo, porque allí estan los bustos de las más prominentes celebridades de la literatura, de la política, de la ciencia, de la guerra; y sabido es que el arte no es accesible á los espíritus vulgares y que el respeto profundo al mérito ageno es prenda de la propia virtud.

Donde quiera que Romero Rubio se halle mañana, porque los hombres públicos no se pertenecen á sí mismos, allí podrá presentar su pasado sin mancha como garantía de su futuro; porque, ¡cosa rara en México! Romero Rubio ha pasado por el poder sin mancharse y, al contrario de lo que casi con todos los hombres públicos sucede, en el poder ha aumentado su popularidad, secreto que sólo poseen los hombres de génio y los honrados.

GERARDO M. SILVA.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



11